

COMEDIA NUEVA:
EL ALCIDES
DE LA MANCHA,
Y FAMOSO
DON QUIXOTE.

DE UN INGENIO DE ESTA CORTE.

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA.

Cardenio.

Don Fernando.

El Maese Nicolás.

El Cara.

Don Juan.

Don Antonio.

Don Luis.

Don Quixote.

Sancho Panza.



Lucinda.

Doña Clara.

Dorotea.

Zorayda.

Maritornes.

Un Ventero.

Un Barbero.

Dos Quadrilleros.

Dos Criados de D. Luis.

PRIMERA JORNADA.

Salen el Cura y Maese Nicolás.

Maes. Vive Dios, que ya no hay
paciencia para que andemos
de esta suerte por un loco.

Cura. Pues ya lo hicimos empeño,

es fuerza continuar
la empresa.

Maes. Qué parentesco
usted ni yo, Padre Cura,
tenemos con este necio,
para que empeño lo hagamos.

Cura. Basta ser amigo nuestro,
y ver por esos caminos

A

va

va con su locura expuesto
á que le suceda alguna
infeliz tragedia.

Maes. Cierto,

que me admira ver que un hombre
de tan crecidos talentos,
por esos malditos libros
y diabólicos enredos
de Caballeros Andantes,
así haya perdido el seso.

Cura. Aplicóse á esa lectura

con tan crecido desvelo,
que de su hacienda vendió
lo mas florido y selecto,
solo para comprar libros;
y privándose del sueño,
por estar continuamente
embebecido, leyendo
libros de Caballerías,
vino á traerle su embeleso
á la desdicha de que
perdiese el entendimiento.

Preocupado, pues, de aquellas
ficciones, dió en el extremo
mayor en que loco ha dado,
y fue armarse Caballero
Andante, é ir por el mundo
amparo dando, y remedio
á todo menesteroso,
y deshaciendo los tuerfos
que á qualesquiera doncella
malandrines hayan hecho;
la Andante Caballería
resucitando con esto;
y volviendo á darla el grande
brillante esplendor excelso
que (según él comprehende)
tuvo en los pasados tiempos.
Para esto limpió unas Armas
que heredó de sus Abuelos:

luego por seguir las reglas
Caballerescas, gran tiempo
estuvo pensando el nombre
que se pondría, supuesto
que el mudar el nombre era
preciso, según aquellos
ritos de Caballería;

y en fin, el suyo de Pedro
de Quixada, mudó en el
de Don Quixote, añadiendo
el sobrenombre de Mancha,
pues le pareció que en esto
gran honor daba á su Patria,
porque vieran el aprecio
que de ella hacia tan grande,
y famoso Caballero.

Después pasó á poner nombre
al Caballo, y discurrendo
uno significativo
y misterioso, supuesto
que él quería que el tal nombre
declarase (raro empeño!)
que habia sido rocin,
y ya dexaba de serlo,
le puso el de rocinante:
y hecho esto, se fue luego
del Lugar, sin dar á nadie
noticia de sus intentos.

Pasados muy breves dias,
le traxeron medio muerto,
de una gran zorra de palos
que ciertos hombres le dieron.
Curóse, y dexando á todos
descuidar por algun tiempo,
volvió á escaparse otra vez,
llevando por Escudero
á Sancho Panza, vecino
suyo, del que ya sabemos
tiene, aunque rústico, alguna
malicia, y algun ingenio.

Yo obligado, pues, del llanto,
la pena y el sentimiento
del Ama y Sobrina de
nuestro Hidalgo, y tambien viendo
que en no hablándole en las cosas
Caballerescas, discreto
sabe discurrir con grande,
claro, agudo entendimiento,
(y esto en qualquiera materia)
venir en su seguimiento
determiné, y reducirle
á su casa; para esto
os pedí me acompañaseis:
Y pues hasta ahora habemos
hallado noticia del
camino que lleva, es cierto
no hay razon de desistir
del intento que traemos.
Maes. Decís bien, y nuevamente
acompañaros ofrezco.

Hablan aparte, y sale Sancho Panza.

Sancho. Esta es la maldita Venta,
en donde el manteamiento
me pegaron; no he de entrar
en ella, aunque estoy muriendo
de hambre, que ya parece
que por los ayres me veo
hecho una ola de mar,
ya baxando, y ya subiendo.
De acordarme solamente,
me duelen todos los huesos;
mas mejor será cantar
para divertir el miedo,
engañar el hambre, y
conseguir llegar mas presto.
Canta. Mi muger tiene chiste,
tiene donayre,
y sobre todo tiene

muy buenas partes.
Maes. No es aqueste Sancho Panza?
Cura. El mismo es, vive el Cielo!
Los 2. O amigazo Sancho Panza?
Sancho. Qué miro? maldito encuentro
es este, que son el Cura *ap.*
y el Barbero de mi Pueblo:
quién diablos los traxo acá?
Padre Cura? Seor Maestro?
A dónde bueno?
Cura. A buscar
á tu Señor: dinos presto
donde queda.

Sancho. Fuerza es
negar aquí como un perro: *ap.*
ahí queda ocupado en una
diligencilla, que es cierto,
que si sale bien con ella,
le ha dé valer mas que un Reyno;
pero no puedo decir
la que es, porque el secreto
le ofrecí, y todos los Panzas
cumplimos lo que ofrecemos.

Maes. Pues Sancho, si no nos dices
donde queda, creeremos
que le has muerto por robarle,
y te haremos poner preso.

Sancho. Pre qué?

Maes. Preso.

Sancho. Dios mos libre;
pues qué, siendo yo Manchego,
creeis que robar ó matar
pueda á nadie? Ademas de eso,
que soy Sancho, y mi apellido
es Panza, y en ningun tiempo
robó ningun Panza á nadie.

Cura. Pues dí donde queda.

Sancho. Eso
lo diré, solo porque
no creais que yo le he muerto.

Mi amo queda en esta Sierra,
que es la Morena, en lo espeso,
y mas oculto, en camisa,
imitando á Beltenebros
en la áspera penitencia;
y al Toboso con un pliego
me envia ahora, para que
se le dé á Aldonza Lorenzo,
que es su Dama, y es la hija
del seor Lorenzo Corchuelo;
aunque mi Amo dice, que
es Princesa de gran cuento,
y la llama Dulcinea
del Toboso: y tambien llevo
una libranza de quatro
Pollinos, para que luego
su Sobrina me los dé;
porque en un fatal encuentro
á mi Rucio me robaron,
y aqueste es todito el cuento.

Cura. Y dónde la carta está?

Sancho. Aquí la llevo en el seno,
y tengo de hacer copiarla,
porque en un librito viejo
de memoria la escribió
mi amo.

Cura. Yo copiarla ofrezco,
y de buena letra; *Sancho,*

Sancho. Pues allá va; mas qué es esto?
Búscala; y no la halla.

Vive Dios, que la he perdido:
maldito yo; por mi abuelo, arañase
que me he de arrancar las barbas.

Maes. Sancho Panza, pues qué es eso?

Sancho. Qué ha de ser? pobre de mí,
que aquí en un instante pierdo,
de una mano á otra, quatro
Pollinos, que era el que menos
mas corpulento y hermoso,

Hace que llora.

que un grandísimo Camello.

Cura. Pues por qué los has perdido?

Sancho. Maldito sea mi seso:
porque el pliego se perdió.

Cura. Y te acuerdas del contexto
de la carta?

Sancho. Sí señor.
de aqueso muy bien me acuerdo.

Maes. Cómo decia?

Sancho. Escuchad,
que así era el escomienzo:
muy sobajada Señora.

Maes. Qué es lo que hablas, majadero?
muy soberana Señora,
diria.

Sancho. Pues eso mismo
digo.

Cura. Prosigue.

Sancho. Dempues
decia estotro, y aquello,
y te amo, y ya se ve,
porque sí, y ni mas, ni menos;
y á lo último acababa,
dempues de mil cumplimientos,
con el Caballero de
la triste Figura.

Maes. Buenos
estremada iba la carta.

Sancho. Yo, que así decia creo:
que haya yo perdido así
por siempre quatro jumentos!
Voto á un canto.

Cura. No te afixas,
que como á los dos al puesto
nos quieras llevar adonde
tu amo está, yo te ofrezco
hacer, que nueva libranza
te haga tu amo.

Sancho. Si eso
me ofreceis, yo desde ahora

lle-

llevaros allá prometo.

Cura. Pues vamos, tú irás delante, y á tu amo dirás que el pliego entregaste á Dulcinea.

Sancho. Dexe usted á mi cuenta eso.

Cura. Ahora es menester, Maese, disponer, que ese Ventero un vestido de muger nos preste, porque ya el medio he discurrido de que traer engañado logremos á Don Quixote.

Maes. Pues vamos.

Sancho. Ay mis perdidos jumentos!

Sale Don Quixote en calzones blancos y ropilla.

D. Quix. Alta y hermosa Señora, de las hermosuras nata, de las cuitas te enternece de esta pecadora alma, que en aqueste purgatorio está penando sin causa. (cho? Qué es lo que habrá hecho mi Sancho porque el diablo de la carta á él se le olvidó el pediría, y á mí olvidóseme darla.

Sale Sancho. Señor?

Quix. Sancho mío, dime, quién te ha prestado las alas?

Sancho. Qué alas?

Quix. Con las que has ido y vuelto, que esta mañana saliste de aquí, y ya vuelves.

Sancho. Yo, señor, he ido en volandas, y venido del Toboso, sin saber quien me llevaba.

Quix. Eso no me causa espanto, que el Encantador que trara de mis cosas, lo habrá hecho.

Mas dime, hijo mío, acaba: viste á aquel prodigio hermoso, dulce hechizo de la Mancha?

A aquella alta Princesa, molde de vaciar Damas?

En fin, á mi Dulcinea del Toboso soberana?

Sancho. A Aldonza Lorenzo vi, que así en el Lugar la llaman.

Quix. Sí, hijo, con ese nombre está ella disfrazada:

mas dime, estaba bñdando alguna empresa extremada para este su Caballero?

Al menos haciendo sartas estaria de oro fino.

Sancho. Ni uno ni otro haciendo estaba.

Quix. Pues qué hacía?

Sancho. Garvillar trigo con muy linda gracia.

Quix. Era rubion ó treché?l?

Sancho. Ahora quieres me parara á mirar qué trigo era?

Quix. Y qué hizo de mi carta?

Sancho. La carta yo la perdí, ó quedó acá, porque hallarla no pude, mas como yo en el magín la llevaba, la noté, y un Sacristan me la escribió de extremada letra.

Quix. Y ella la leyó?

Sancho. Allí me mandó dexarla encima de unos costales.

Quix. Qué discreta y qué bizarra! para leerla mas despacio lo haria; y dí, exhalaba su boca un olor sabéo, como á ambrosia ó á algalia?

Sancho. No lo sé; lo que yo oí,

fue

El Aljibes de la Mancha,

fue, que á ajos apestaba.

Quix. Es que estarias borracho sin duda alguna; y dí, cuántas preguntas te hizo de mí?

Sancho. No me preguntó palabra, mas yo la díxe.

Quix. Dí, pues.

Hablan aparte, y salen el Cura y el Maese.

Maes. Aunque ya Sancho tardaba tanto en traer la noticia de donde su Amo quedaba, hacemos mal de apartarnos una distancia tan larga de adonde él nos dexó.

Cura. Nunca aventuramos nada, que pues venimos siguiendo el camino de las ramas que él quando se fue dexó por fixa señal sembradas, ellas nos llevarán donde Don Quixote y él se hallan; mas aquí están, escuchemos ocultos lo que ambos tratan, y luego nos vestiremos los disfraces.

Quix. Que con tanta prisa quiere Dulcinea que luego al Toboso vaya?

Sancho. Sí.

Quix. Pues yo no quiero ir.

Sancho. Así á su precepto faltas?

Hablan aparte, y sale Cardenio en trage misero.

Card. Altibos robustos troncos, cuyas copas elevadas, de luceros y de estrellas son tapetes de esmeralda:

Soberbios rudos peñascos, que con dureza irritada, duraciones apostais á las esferas sagradas: Bella bulliciosa fuente, que por tardes y mañanas sabes reir mi desdicha, sabes llorar mi desgracia; pues tantas veces mi pecho testigos de mis desgracias os hizo, una vez piedad halle en vosotros, pues tantas crueldades halló en las gentes: Y en fin, con piedad, ó saña, ó concededme la muerte, ó dad alivio á mis ansias.

Quix. Dí, Sancho, no oiste suspiros y quejas?

Sancho. Quien las formaba, allí está suspenso.

Quix. Este, si el discurso no me engaña, algun Caballero es, que aquí llorando se halla, ya ofensas ó ya desdenes de alguna hermosa ingrata; mas así espero saberlo. Caballero, á quien con tanta crueldad trata la suerte, como ese trage declara, el oiros suspirar vuestras penas, desearlas saber me ha hecho; y así os pido, que aquí de vuestra desgracia me deis noticia, que os juro, y doy la mano y palabra (como Caballero Andante) de remediar vuestra ansia, si remedio hay, y si no, ayudaros á llorarla.

Card.

Card. Rara vision! Caballero, aunque sé por cosa clara, que no hay á mi mal remedio, por pagar la cortesana atención vuestra, os haré sabidor de mis desgracias: mas os pido no rompáis, por ningun pretexto ó causa, de mi narracion el hilo, pues si lo haceis, aunque haga mas esfuerzo, no podré proseguir.

Quix. Como una estatua estaré, decid.

Gura. Oygamos.

Sancho. Este y mi Amo, bravas galas tienen para ir á unas vistas.

Card. No temais me dexe nada por decir, pues mi mayor pena es (desdicha infausta) no poder de mi memoria apartar á mi desgracia. Córdoba, Ciudad ilustre, cuyas insignes grandezas la fama en ecos publica, hecha plumas toda, y lenguas, fue mi Patria, mas, mal digo, fue centro de mis tragedias. Vivía junto á mi casa una Dama tan perfecta, que parece que al criarla la sabia Naturaleza, de todas las hermosuras, con estudio y con cautela, fue escogiendo perfecciones para formar su belleza, pues beldad mas soberana, ni hermosura mas excelsa ha visto el Sol, desde que entre esás azules selvas,

peregrino nunca errante, golfos de estrellas navega, piélagos de luces surca, sendas de cristal penetra. Améla favorecido, y á poco tiempo (qué pena!) un Señor, á quien mi padre debia grandes finezas, me envió á llamar, ausentéme, y de allí á poco á mi tierra volví con un hijo suyo, cuyo aleve nombre era Don Fernando: dile incauto de mi amor entera cuenta: violó y amóla (ay de mí!) y desde allí, con cautela todos los papeles que nos escribíamos eran vistos de él: sucedió, pues, que un dia halló (pena fiera!) uno, que ella me escribia, lleno de amantes ternezas, metido en un libro de Caballerías, que era de Amadis de Gaula, el qual habia yo sacado fuera para enviársele á Lucinda, porque era á aquesta leyenda aficionada.

Quix. Si vos hubierais dicho se hallaba en Lucinda (que este nombre parece es de vuestra Dama) perfeccion tan excelente, como es la de que gustaba y aplicaba con desvelo su discrecion soberana á Libros tan provechosos para el cuerpo y para el alma, como son todos los de

El Alcides de la Mancha,

Caballerías; estaba
de mas toda aquella arenga
que hicisteis en su alabanza;
porque yo, sólo con esto
la tuviera y reputara
por la Señora mas noble,
mas discreta y mas gallarda,
de quantas hay en el mundo,
(no entrando en aquesta danza
mi Señora Dulcinea)
y si allí entonces me hallara,
la hubiera enviado yo,
con el de Amadis de Gaula,
el Libro del Caballero
Febo, el de la ardiente espada,
el de Arturs de Inglaterra,
y otros que tenia en casa:
mas proseguid vuestra historia,
perdonando á la palabra
faltase de no atajaros,
que en mi conciencia y mi alma,
que no puedo mas conmigo
en oyendo que se tratan
cosas de Caballerías.

Habrá estado Cardenio suspenso mirando al suelo, y ahora habla como loco.

Card. Es cosa evidente y clara,
que la Reyna Madasima
infamemente se holgaba
con el Maestró Elisabet.

Quix. Qué dices, lengua malvada?
Madasima era una Reyna
muy honesta y muy honrada,
y el que diga lo contrario,
miente él; y toda su alma,
y su padre, y sus abuelos,
y toda su gran canalla.

Card. Cómo es eso de mentís?

Vive Dios, que aquí á puñadas

Embiste con él, y le dexa caer.

le he enseñar á tratar

con hombres de aquestas barbas.
Sancho. Este hombre se ha vuelto loco;

vive ños, que á mi Amo mata:
ha loco; voto á Cristo,
que te he de matar.

Card. Panarra,

tú tambien á mí te atreves?

Echale en el suelo, y le maltrata.
pues de esta suerte tu infamia
pagarás.

Sancho. Ay, que me muele!

San Cipriano me valga.

Card. Qué hago? Válgame Dios!

O cruel fortuna airada!

para qué el juicio me quitas,

si el juicio me dexas para

llorar mi infelicidad,

y conocer mi desgracia?

Caballeros, perdonad

la accion tan descompasada

que he executado en vosotros,

pues en mi juicio no estaba.

Sancho. Pues yo sí te estado en el mio

para sentir sus puñadas:

no son malas cortesías,

despues de dexar quebradas

á uno dos ó tres costillas.

Quix. Yo ya sabia que estaba

loco, porque era preciso

que quien insolencias tantas

contra el honor de la Reyna

Madasima pronunciaba,

lo estuviere: venid, Sancho. *Vase.*

Card. No entiendo lo que me habla.

Sancho. Señor loco, ó cortesías

no hacer, ó no dar puñadas. *Vase.*

Card. Apartando mi discurso

un poco de mis desgracias,

(si es que conseguirlo puedo)
no sé qué concepto haga
de estos hombres ; infinito
saber quien son celebrara.

Salen el Cura y Maese.

Maes. Pues aquí teneis quien de ellos
os dará noticia larga;
mas hemos de mereceros
el que ántes vuestra rara
historia finaliceis,
pues quanto á ellos les contaba
vuestra lengua , allí escondidos
oimos.

Card. Mas no dilata
el serviros mi obediencia;
oid.

Los dos. Decid: desdicha rara! *ap.*

Card. Halló el papel D. Fernando
(creo quedé aquí) el qual era
á fin de que yo á su padre
por esposa la pidiera,
y temiendo D. Fernando
que yo luego lo pusiera
por obra , me envió al punto
á que á su padre le diera
cierto aviso: fuime, pues,
y él en tanto (traicion fiera!)
á su padre la pidió,
que viendo quanto interesa,
se la concedió ; volví,
y hallé en la Ciudad las nuevas
de esta boda: fui á su casa,
y encontréla toda envuelta
en gustos ; ví á mi Lucinda,
díxome que no temiera
que ella por ningun motivo
hiciese á mi amor ofensa,
pues daria á la acerada
brillante punta sangrienta
de un puñal su hermoso pecho,

ántes que su esposa fuera.
De esta esperanza movido,
me escondí en la sala mesma
en donde los desposorios
(déxame, memoria, dexa
de atormentarme) se habian
de hacer, esperando en ella
la ocasion que yo aguardaba
feliz, y hallé tan adversa;
porque Lucinda, faltando
á su amor y á su promesa,
el sí de esposa le dió,
mas no hubo acabado apenas
(quién ántes hubiera muerto!)
de pronunciar la sentencia
de mi triste muerte, quando
cayó desmayada en tierra.
Salíme de allí confuso,
y tomando con presteza
un Caballo, que ligero
en la rápida carrera
maltratar sabia al ayre
sin llegar á herir la tierra,
salí huyendo, hasta llegar
á lo oculto de esta sierra,
donde ha ya un año que vivo,
siendo sus troncos y peñas
testigos de mis suspiros,
y de mis lágrimas tiernas,
esperando á que la muerte
ponga fin á tantas penas,
ansias, desdichas, rigores,
y tormentos que me cercan,
dexando eterna noticia
á las eras venideras
de que hubo Dama y Galan,
que en contrarios rumbos, ella
fue exemplo de veleidades,
quando él lo fue de firmezas.

Cura. Raro caso!

B

Maes.

Maes. Prodigioso!

Dent. Dorotea. Ay infeliz de aquella
que nace á ser egemplo
de desdichas y penas!

Cura. Triste acento!

Card. Lastimoso!

Maes. Busquemos á quien le causa.

Cura. No es menester, que ya aquí

*Sale Dorotea de Pastor, sin hacer re-
paro en ellos, y traerá un lio co-
mo de ropa.*

llega, mas si no me engaña
la vista, no es Dorotea,
por mas que el trage disfraza
su ser? mas así sabrélo:
Dorotea?

Dorot. Quién me llama?

Mas qué he hecho? Descubríome
mi inadvertencia.

Card. No tanta
pesadumbre te dé el ver
que en estos desiertos haya
quien te conozca, pues es
quien logra fortuna tanta
el centro de las desdichas;
y así es preciso que en nada
puedan causarle las tuyas
admiracion.

Dorot. Pues es vana
diligencia el intentar
encubrirme, pues mi incanta
voz ya me ha descubierto,
quien eres saber aguarda
mi curiosidad, que estando
en rostro tan demudada,
y en trage, me has conocido?

Card. Soy de la fortuna infausta
el blanco: Cardenio soy.

Dorot. Aunque yo noticia larga

tengo de quien eres, nunca
creo te vi.

Card. Pues yo hartas
veces á tí, allá en tu Aldea;
y pues por tan desusadas
sendas el hado nos junta,
quisiera saber la causa
que te obliga á que este sitio
hables tan disfrazada.

Dorot. Escucha, y escuchad todos
mi tragedia, si á conta:la
acierto: Ya sabes que
me crió el cielo vasalla
de D. Fernando, y que aunque
habia tanta distancia
de él á mí, nací de padres
honrados, y sangre clara.
Tambien sabrás (ay de mí!)
que con amorosas ansias
solicitó mi hermosura,
que no dudo alguna haya
en mí, pues me lo acreditan
penas tan continuadas.
Resistíme á su pasion,
como honesta, y como honrada,
y él grangeando (ah traydor!)
una alevosa Criada,
una noche consiguió
quedarse oculto en mi casa.
Apenas, pues, la familia
recogida y sosegada
quedó, y en mi lecho yo
á discursos entregada,
quando en mi quarto le ví:
quise dar voces, y tantas
sus ansias y juramentos
fueron, dándome palabra
de ser mi esposo, la qual
en presencia de mi falsa
Criada volvió á ofrecirme,

que

que yo creyendo sus falsas
ofertas, le entregué (ay cielos!)
la mejor prenda del alma.
Ya con licencias de esposo
todas las noches me hablaba;
no fueron muchas, pues luego
hizo ausencia, y que tardaba
viendo, procuré curiosa
llegar á inquirir la causa.
En fin, á saber llegué
como en Córdoba trataba
su casamiento; y tomando
el dinero y las alhajas
que pude, con un Criado
mio, me huí de mi casa.
Llegué á Córdoba, y hallé
en ella la nueva infausta
de su boda, y fue, que luego
que Lucinda desposada
se miró con él, cayó
en el suelo desmayada.
Llegó D. Fernando (ah aleve!)
á afloxarla la casaca,
y en el pecho la encontró
un papel, en que expresaba
ser esposa de Cardenio,
que á D. Fernando le daba
violentada la mano,
y que aquesta era la causa
de darse muerte, que ella
parece hacerlo pensaba
asi, lo que acreditó
haberla hallado una daga
oculta, con la que quiso
su aleve esposo matarla,
y no pudiendo lograrlo,
se ausentó, sin que se haya
sabido su paradero,
y Lucinda de su casa
faltó á otro día tambien.

Con estas nuevas me hallaba,
quando en la Ciudad oí
echar un bando, en que daba
mi padre crecido hallazgo
á aquel que á mí me encontrara,
mis señas dando, y las de
aquel que me acompañaba.
Salíme huyendo, y un día,
mirando desamparada
mi persona, el vil Criado,
con violencia (aleve infamia!)
intentó de mí triunfar;
mas desde una roca alta
logré despeñarle, dando
castigo á accion tan malvada.
Al cabo de algunos dias
llegué á una Aldea cercana
de esta Sierra, donde entré
á ser Zagal de unas cabras;
pero mi amo, sospechando
que era muger (pena rara!)
empezó á solicitarme,
y ayer fue con tanta instancia,
que llegué á ver que mi honor
ya á peligrar empezaba:
descuidar le dexé, y luego
tomando esa leve carga,
donde un vestido decente
de muger, y otras alhajas
(de las que quité á mi padre)
traygo, me vine á estas paldas,
enmarañadas, agrestes,
montuosas, intrincadas
asperezas, donde al cielo
pido se apiade de tantas
desdichas, penas, rigores,
sustos, pesares y ansias
como á mi vida combaten,
y á mi corazon contrastan.
Card. No así, hermosa Dorotea,

intentos dar la esperanza
de tu alivio por perdida,
pues ya el Cielo con mas grata
faz nuestras desdichas mira,
que pues Lucinda se halla
sin casar, y D. Fernando
de la propia forma, causa
tenemos para esperar
mejor fortuna; y palabra
te doy, como Caballero,
que si razones no bastan
para que tu honor perdido
D. Fernando satisfaga,
que mis zelos olvidando,
por dar alivio á tus ansias,
en público desafío
te dé sangrienta venganza.

Dorot. A tus pies . . .

Card. Alza del suelo. (cias

Cura. Pues ya que á vuestras desgra-
piadoso el Cielo se muestra,
y que con prudencia sabia
resolveis poner los medios
de llegar á ver logradas
vuestras dichas, á mi Aldea
(si acaso no os desagrada)
pido os vengais, desde donde
se harán diligencias varias
de saber de D. Fernando
y de Lucinda; y de quantas
cosas os falten, podreis
prevenirlos.

Card. Vuestra urbana
generosidad los dos
(con la vida y con el alma)
apreciamos, y admitimos;
y ahora quisiera la causa
saber que á esta sierra os traxo.

Maes. Yo os lo diré: Aquí se halla
un honrado Hidalgo de

nuestra Aldea, que en la rara
locura ha dado de ser
(mania harto extraordinaria)
Caballero Andante, y
en medio de esta montaña
está haciendo penitencia,
para obligar á su Dama;
siendo así que no la tiene,
pues toda es imaginaria
ficción, y los dos venimos
á reducirle á su casa
con un engaño, que es,
fingirnos uno una Infanta
que viene de luengas tierras
á que su valor la valga
en un grande agravio que
en su País le han hecho, y...

Dorot. Basta,

que pues aquí de muger
me hallo con una gala,
yo he de ser la que se finja
aquesa Infanta, que el habla
Caballeresca la sé
muy bien, porque fui inclinada
siempre á leer esos Libros.

Cura. Todo la suerte lo traza
á medida del deseo.

Card. Pues luego se ponga en planta
la ficción, y así, á vestirse,
Dorotea.

Cura y Maes. El Cielo haga
que nuestra intencion se logre.

Dorot. No dudeis verla lograda.

*Vanse, y salen el Ventero, y Mariton-
nes buyendo de él, que querrá
castigarla.*

Vent. Con dos costillas, infame,
has de pagar el descuido,
viven los Cielos. *pégala.*
Marit.

Marit. Ay! ay!

Dentro. Para, para.

Vent. Mas qué he oído?

Huéspedes hay? Vaya en paz,
que ya mi ira mitigo;
saca luz.

Marit. Malas quartanas
te den, y mal tabardillo.

*Salen D. Juan de Viedma, Doña Clara,
y detras D. Luis de corto, y saca
luz Maritornes.*

Vent. Guarde Dios la gente honrada.

D. J. Guardeos Dios: Clara, hija, alivio
de mi vejez, muy cansada
estarás del mal camino
que hemos traído todo hoy.

Clara. Viniendo, Señor, contigo,
nada á mí me puede ser
cansancio. Ay D. Luis querido!
en qué ha de parar tu amor *ap.*
y mi pena?

Luis. Ay dulce hechizo!
qué mal el alma apartarse
sabe de tus peregrinos
ojos! pues aun conociendo
el evidente peligro
de que tu padre me llegue
á conocer, no me animo
á estar un punto sin verte.

Marit. Por cierto que el tal mocillo
que está allí, en el corazon
me está dando mil pellizcos.

Vent. Por Dios, que el loco de marras
viene aquí con quatro ó cinco;
con tanta gente en mi Venta,
yo de esta vez salgo rico.

*Salen D. Quixote armado con un gran
lanzon, Dorotea de muger muy bizar-*

*ra, Cardenio, el Cura, el Maese
y Sancho Panza.*

Quix. En fin, fermosa Señora,
que vos sois (raro prodigio!)
la Infanta Micomicona,
y que vuestro Reyno invicto
os tiene tiranizado
un descomunal impio
Gigante, y que vuestro padre
dexó (gran dicha!) previsto
que solo mi fuerte brazo
podría restituiros
el Reyno, dando la muerte
al Gigante?

Dor. Es asimismo
como vos decís, Señor.

Quix. Con que á vos, compadre mio,
y al Maese Nicolás,
unos viles foragidos
os robaron?

Los dos. Es así.

Quix. Pues no teneis que afligiros:
y vos, Señora, contad
ya por hecho y sucedido
lo de dar muerte al Gigante,
y lo demas que he ofrecido;
pero perdonad, señora, *á Clara.*
que estaba tan divertido,
que no os ví, ni á vos tampoco.

D. J. y Clar. Yo la atencion os estimo.
Rara figura de hombre! *ap.*

Luis. Este hombre es loco en mi juicio
y los que vienen con él. *ap.*

Quix. Ahora, si me dais permiso,
me iré un poco á descansar,
que por Dios que estoy molido.

Dor. En buen hora id.

Quix. Pues agar. *Vase.*

Vent. Voy, pues, tras este maldito
loco, no haga las que suele.

El Alcides de la Mancha,

Ven, Maritornes, conmigo. *Vas.*
Marit. Ya voy: ay, chusco mozuelo,
 que dexo en tus dos ojillos
 toda el alma. *Vase.*

D. Juan. Caballeros,
 perdonadme, que á pedirlos
 llegue me digais quien es
 este hombre, y qué designio
 el vuestro? porque el fingirse
 esta Dama Infanta, indicio
 es de que hay algun misterio.

Card. Es así; y puesto que oirlo
 quereis, escuchadnos, pues.

D. Juan. Oye, Clara.

Clar. Ay, dueño mio!

Luis. Ay, Doña Clara divina!

*Hablan todos aparte, menos D. Luis y
 Sancho, que ocuparán las dos puntas del
 tablado, y salen D. Fernando y Lucinda
 con mascarilla, y dos Criados, que-
 dando Cardenio y Dorotea
 de espaldas á ellos.*

D. Fern. Por mas, pues, que tu desvío
 prosiga en ser riguroso,
 sabré yo hacerlo benigno.

Luc. Primero sabrá la muerte
 triunfar de mi pecho altivo,
 que lo logres. Ay Cardenio!

Card. Qué escucho? la voz que he oido
Vuelve la cara, y Dorotea.
 no es de Lucinda? si acaso
 la memoria del oido
 con el juicio no perdí?

Dor. Qué es lo que: pero qué miro?

Ponese detras de todos.

No es D. Fernando? Encubrirme
 intento.

Luc. Y pues determino

no sufrir mas vuestro engaño,

la máscara al rostro quito. *Quitase la.*

*Vase Cardenio á ella, y la abraza; echa
 D. Fernando mano á la espada, y
 Dorotea le detiene, puesta de
 rodillas.*

Card. Qué veo? Lucinda amada,
 bello ímán de mis sentidos,
 Cardenio tu esposo soy.

Luc. Del gozo sin vida animo.

Cardenio, esposo, señor.

Fern. Vive el Cielo, fementido,
 que te he de quitar la vida.

Dor. Deten el acero limpio,

D. Fernando, y dexa que
 gocen su amor, pues benigno
 el Cielo, los ha juntado

despues de tantos impios
 trabajos, y tantos tiempos.

Y pues yo conmigo el mismo
 consuelo, viéndote, cumple
 qual Caballero, entendido,
 y cristiano, la palabra,
 que, haciendo al Cielo testigo,
 me diste de ser mi esposo,
 en cuya fe de mi limpio
 honor triunfaste; y si no,
 tiñe en mi pecho los filos
 de tu acero, porque yo,
 ya que á tus plantas me miro,
 de ellas no me he de apartar,
 adorado dueño mio,
 hasta lograr ser tu esposa,
 ó ver mi aliento perdido.

Fern. Válgame el Cielo: qué veo?
 este del Cielo es aviso,
 pues no cabe en los acasos
 sucesos tan peregrinos; *ap.*
 y así al Cielo respondamos,
 yenciéndome yo á mí mismo.

Do-

Dorotea, alza á mis brazos,
que de tu aliento movido,
y á tu razon obligado
con tanto extremo me miro,
que no tu esposo, tu esclavo
desde ahora soy, dueño mio:
(huye ya de mí, esperanza)
y tú, Cardenio, el divino
cielo hermoso de Lucinda,
en dulce nudo tranquilo
goza feliz, sin sospecha
alguna, porque te afirmo
y te juro por quien soy,
que nunca la he merecido
mas que en desdenes sañudos
mil rigores peregrinos;
y perdona que el amor
que ántes la tuve, haya sido
causa de que desleal
contigo haya procedido.

Dor. Feliz mil veces mi amor.

Card. Mis brazos sean testigos,
de que ya todas mis quejas
están dadas al olvido:
y tú, esposa, da los tuyos
á quien le costó hasta el juicio
creerte agena; y sepa qué
acaso te ha conducido
aquí.

Luc. Oye, y lo sabrás:
Después (ay dueño querido!)
que por no mirarme esposa
de quien no eras tú, el abrigo
dexé de mi padre y casa,
en un Lugar, que distrito
corto de Córdoba está,
tomé en un Convento asilo:
mas un día Don Fernando
disfrazado, y dos amigos
dentro de él entrar lograron

con maña ó con artificio;
y encontrándome en un claustro
de aquel sagrado recinto,
asiéronme, y me sacaron
fuera de él, siendo mis gritos
y quejas todas en valde,
pues el Convento infinito
apartado del Lugar
estaba; en fin (el designio
ignoro) en una calesa
me traían, no imagino
donde seria, pues solo
(ó con qué gusto lo digo!)
sé que aquí he logrado hallarte,
y ha pasado lo que has visto.

Card. Qué felicidad!

D. Juan. Señores,
de mi hija y de mí, rendidos
parabienes recibid.

Fer. y Card. Favores tan excesivos
apreciamos con el alma.

Clara. Que me tengáis os suplico
por amiga y servidora
vuestra.

Dor. El que serlo afirmo,
eternamente aseguren
mis brazos. *Abrazanse.*

Luc. Lo propio os digo.

Luis. Todos á su mal consuelo
hallan, yo solo martirios.

Sancho. Conque aquello de la Infanta,
y el Reyno y el Gigantico,
lo llevaron los demonios?
A mi amo he de decirlo,
que es una infamia que intenten
engañar.

Quix. Afuera digo.

*Sale D. Quixote á medio vestir, con ro-
dela y espada desnuda, y el Ventero.*
Con un ciento de Gigantes

no tengo, juro á Cristo,
para empezar.

Dor. Pues qué es esto,
señor y valedor mio?

Quix. Qué ha de ser? me eché á dormir
y el diablo del Gigantillo,
por arte de encantamento
se me plantó de dos brinco
delante, alcéme, empuñé
mi escudo, y la de los cinco;
embistióme, y embestile;
pero yo, que tengo un tino
del demonio, en la tetilla
tal estocada le tiro,
que dí con él en el suelo
y el quarto está, que un cruxido
da de la sangre que ha echado
por el roto pergamino.

Vent. Qué Gigante, ni que haga?
que á quien heriste, maldito
loco, ha sido á dos pellejos,
y aquesta sangre es el vino
que en ellos habia: ay,
que me dexa destruido!

Fern. Callad, y no deis mas voces,
que yo os pagaré el perjuicio.

Vent. De esa forma cierro el labio.

Cura. Yo, señores, os suplico,
que os entreis á descansar,
pues cansados del camino
vendreis sin duda, y ya es tarde.

D. Juan. Decís bien.

Fern. Dale un vestido al Criado.
de los mios á Cardenio
al instante.

Card. Yo os lo estimo.

Quix. Dormid, hermosas Princesas,
sin temor, porque mi brio
queda esta noche de vela
guardando aqueste Castillo,

y á cien pasos de sus muros
no se acercará un mosquito,

Dor. Vamos, esposo,

Fern. Memoria,
entregate ya al olvido.

Vanse D. Juan, D. Fernando y Dorotea.

Card. Feliz mil veces las penas
que logran estos alivios.

Luc. Dichosas mis desventuras,
pues tal fin han conseguido. *Vanse.*

Sancho. Ah, señor!

Quix. Déxame, hombre,
que estoy hecho un basilisco;
bien podrá ser que no sea
el Gigante, pues es fixo,
que este Castillo es encanto:
lo blanco se vuelve tinto. *Vase.*

Maes. Vamos, Padre Cura.

Cura. Vamos. *Vanse.*

Sancho. Que á mi amo no haya podido
decirle lo que aquí ví,
y que todo es embolismo!
mas yo buscaré ocasion. *Vase.*

Clar. Don Luis?

Luis. Adorado hechizo.

Clar. En qué ha de parar (ay Cielos!)
de nuestro hado lo impio?

Luis. En que... pero hácia esta parte
que gente se acerca, miro.

Clar. Pues no nos vean: á Dios.

Luis. A Dios.

Clar. Ay, dueño querido!

Luis. Duélete, amor, de mis ansias.

Clar. Duélete de mis suspiros.

Vanse cada uno por distinta parte.

SEGUNDA JORNADA.

Salen Doña Clara y Dorotea, que trae una luz, y pondrá sobre un bufete.

Dor. Ya, Doña Clara, que en mas de tres horas, que á dormir nos echamos, no has podido sosegar, y que en tí ví, entre mil lágrimas tiernas, mas suspiros despedir, y que mi amistad pretendes complacer, haciendo aquí á mi pecho sabidor de tus penas, y á este fin á aquesta estancia me traes, porque las que están allí (quando juzgan que descansan, de la muerte el triste fin ensayando) nada entiendan; acaba, empieza á decir de tu tristeza la causa, la ocasion de tu sentir: desde tu pecho á mi oído tu pena arroja.

Clar. Ay de mí!

Canta dentro D. Luis.

Luis. Espero sin esperanza mi esperanza conseguir, que mayores imposibles saben lograr firmezas, y el amor conseguir; mas ay de mí!

que amor no lo hace empeño, y mi desgracia sí.

Clar. Habeis (ay de mí!) escuchado esa voz?

Dor. Muy bien la oí, pues lo suave y dulce de ella,

de su estilo lo gentil, á que la atencion la escuche fuerza es, si se dexa oír, persuada sin violentar, violento sin persuadir.

Clar. Pues el dueño de esa voz la causa (ay de mí infeliz) es de mi pena.

Dor. De qué forma?

Clar. Escuchadme.

Dor. Decid.

Clar. Mas perdonadme, si acaso no lo acertare á decir, que aunque sé sentir tan bien, no sé tan bien discurrir. De esa voz, que á ruyseñores y gilgueros causa mil celosas envidias, es el dueño (ay de mí!) Don Luis de Mendoza, un Caballero, en quien se ve competir con lo rico y con lo noble, lo discreto y lo gentil. Su edad de diez y seis años es, llegándose á advertir en él quantas apreciables prendas pueden concurrir en un Caballero, pues lo modesto, afable y brioso, y galan, consigue adornar, con otras mil habilidades, qual son la de cantar, escribir discretos versos, danzar, y otras muchas, que entre si igualmente se compiten, é iguales logran lucir. Vivía, pues, en la Corte frente de mi casa: fui vista de él; enamoróse

El Alcides de la Mancha,

(él sabrá por qué) de mí;
solicitó mis favores,
yo á su amor correspondí;
llegó mi padre á lograr
que el Rey le honrase (ay de mí!)
con plaza de Oidor en la
Ciudad de México; aquí
todas mis penas empiezan,
pues siendo fuerza partir
yo con mi padre á las indias,
fue preciso que á sentir
llegase el dexar mi dueño,
el qual fino amante, así
que el día de mi viage
llegó, sin ver, ni advertir
inconvenientes ni riesgos,
su casa y padres por mí
dexó, y siguiéndome viene,
procurando siempre huir
de que mi padre le vea;
ved, Dorotea, ved si
tengo causa de llorar,
y de sentir que Don Luís
venga por mí disfrazado,
mil trabajos á sufrir,
sin saber qué paradero
vendrá á tener, ni qué fin,
mi desdicha y su pasión,
mi amor y su frenesí.

Dor. Aunque es cierto, Doña Clara,
que hay bastante causa en tí
para llegar á estar triste,
no lo estés, no, pues hoy ví
dos mayores imposibles
facilitados; y así
vuelve el temor esperanza,
y déxame el caso á mí,
que yo espero que mañana
has de mirarte feliz;
y ahora á descansar vamos

lo poco que desde aquí
hasta el día queda.

Clar. Vamos:

duélase el amor de mí.

Vanse, y aparécese D. Quixote á caballo, armado con lanza en la mano, y á su tiempo saldrá Maritornes á una ventana.

Quix. Ay, hermosa Dulcinea
del Toboso! Dueño amado,
qué estará tu fermosura
haciendo ahora? Yo he pensado
que de tu Palacio régio
en algun balcon dorado
memoria estarás haciendo
de este tu asendereado
Caballero; ó cuánto siento
(dolor aprieta, hasta tanto
que por la boca me hagas
vomitar todo el redaño)
no poder ir á mirar
tu hermoso cielo, hasta tanto
que á este diablo de Princesa
en el solio dexe y mando
de su usurpado dominio.
Lo que me hace dar al diablo
es, el que el tal Gigantillo,
despues de haberle yo dado
tantas estocadas, luego
se me hubiese transformado
en dos pellejos de vino.
Castillo mas encantado
no le hay, juro á Dios, en todo
el mundo de arriba á baxo.

Marit. Ahora, que recogidos
todos se hallan, un chasco
quiero pegarle á este loco,
ya que á guardar se ha quedado

la Venta (á quien él Castillo llama) armado, y á caballo: quiero llamarle, cé, cé.

Quix. Juro á Christo, que llamaron: esta, sin duda será la hija del Castellano de esta Fortaleza, que de mi talle y de mi garbo enamorada, querrá la corresponda; y en vano será, pues á mi señora Dulcinea, es escusado que yo haga ofensa, aunque vea mi cabeza sobre un tajo; pero el hablarla es preciso: Dios ponga tiento en sus labios. Fermosa Dama, decid (circunloquios escusando) qué es lo que me quereis?

Marit. Qué

puedo querer, si á miraros llegué, y de vuestro valor los aplausos he escuchado? No es fuerza (ay de mí!) que de ellos en vos me haya enamorado?

Quix. Miren si lo dixe yo.

Fermosa doncella, paso, que de esas cosas se ofende de mis oídos lo casto. Yo siento que vuestras mientes hayáis puesto donde es claro no podeis hallar consuelo, pues fe inviolable guardo á la sin par Dulcinea, dulce manchego milagro: mas mandad en otra cosa, que por servida dexaros sabré hacer mas muertes que un Doctor y un Boticario.

Marit. Yo os lo estimo; pero solo

os pido, que vuestra mano me alargueis para besarla.

Quix. Para besarla, yo es llano que no os la doy; pero sí para que en ella admirando esteis sus músculos, sus nervios y venas, notando el inmenso valor que tendrá de tal mano el brazo; pero cómo he de alcanzar, que el tal balcon está alto, señora mía?

Marit. De pies

ponéos sobre el Caballo.

Quix. Y si el demonio le da gana de hacerse hácia un lado, no caeré, y quando menos me romperé el espinazo? Pero no obstante, allá voy.

Pónese de pies sobre el caballo, alarga la mano, y átasela Maritornes con una cuerda.

Marit. Ya mi intento se ha logrado: ahora con este cordel atarle quiero la mano, y la otra punta asiré al cerrojo, y hasta tanto que hayan despertado todos le he tener así atado. *Vase.*

Quix. Fermosa doncella, ved, que mas que dedos son rалlos los vuestros; pero qué veo? por Dios, que el brazo amarrado me han dexado, y no parece nadie en la ventana: andallo, del Encantador de áqueste Castillo sin duda ahijado es el Gigante, y porque

yo no consiga matarlo,
de aquesta manera quiere
aquí tenerme encantado.
O quién lograra tener
ahora el pasmoso milagro
de la Espada de Amadis,
contra quien no habia encanto!
So, caballo del demonio:
ay, que se me arranca el brazo!

*Apártase el caballo, y queda colgado
del brazo, y salen por el lado
opuesto dos hombres.*

1. Pues esta es la Venta, entremos,
tomaremos un bocado,
y veremos de camino
si noticia alguna hallamos
de D. Luis.

Quix. Ah Caballeros,
esperaos apartados
á que el Castillo se abra,
que aunque ya, sombras borrando,
viene el alba con sus luces,
parece que no es usado
abrir aqueste Castillo
hasta que el sol con sus rayos
toda la tierra ilumina.

1. Qué demonios de espantajo
es aquel hombre? y él loco
es, pues Castillo ha llamado
á la Venta.

2. Lo que quiera
sea, y vamos despachando.

Llama. Ha de la Venta.

Dentro el Ventero. Quién llama?

2. Abrid presto.

Quix. Orrío, Hidalgos,
no he dicho que os apartéis?
pues si esperáis otro rato,
y estoy libre, el chocolate

vais á tomar con los diablos.

2. Vaya, haced que abran,
si sois el Ventero.

Quix. Pues borracho,
este talle es de Ventero?

1. El es bien desventurado.

*Sale á la ventana Maritornes,
desátale, y cae.*

Marit. Ya mi amo se levantó,
y así quiero desatarlo
antes que lo vea.

Quix. Ay!

Santa Dulcinea en tanto
dolor me valga.

Sale el Ventero. Qué es esto?

Quix. Lo que es ya está pasado,
aunque á mis costillas queda
memoria para un buen rato. *Vase.*

1. Qué hombre es este?

Vent. Un loco, que
siempre me está alborotando
la Venta.

2. Sabreis decirnos
si acaso á ella ha llegado
un mocito de edad de
unos diez y siete años,
en trage corto vestido?

Vent. Hay, señor, en ella tantos,
que no sabré dar razon.

2. Pues con cuidado veamos
si alguno de los que en ella
se hallan, es.

1. Vamos.

2. Vamos.

*Entranse, y salen por distintos lados
Doña Clara y D. Luis, sin verse.*

Clar. Quándo, amor, llegará el tiempo
de apiadarte de mis ansias?

Luis. Quándo, fortuna, en lo adverso
apren-

aprenderás la mudanza?

Clar. Haciendo que no á la dicha
ronde siempre la desgracia.

Luis. A mis amantes anhelos
dando::- pero Doña Clara?

Clar. Don Luis?

Luis. Adorado dueño
de mi vida, aliento y alma,
ya la causa de mi pena
creo que á saber alcanzas.

Clar. Tambien tú juzgo no ignoras
el dolor que me maltrata.

Luis. Mas por si halla algun alivio
al verse comunicada,
escúchame, pues.

Clar. Tambien
yo, por ver si es que descansa
el pecho al decir sus penas,
intento al ayre fiarlas.

Recitado.

Clar. Yo te adoro (ay de mí) con
fe inmutable.

Luis. Yo te amo con amor incon-
trastable.

Clar. Mas el vendado Dios sañudo
y fiero.

Luis. Mas el hado iracundo, cruel,
severo.

Clar. Contra mi dicha su poder os-
tenta.

Luis. A mis venturas oponerse in-
tenta.

Clar. Pero yo sabré firme.

Luis. Yo constante.

Los 2. Ser á pesar del hado fiel a-
mante.

Area.

Luis. Yo, ídolo amado,
fallezco de amor.

Clar. Yo lloro rigores

del vendado Dios.

Luis. Pues mi suerte airada.

Clar. Pues mi estrella atroz,

Luis. Mis dichas impide.

Clar. Frustra mi intencion.

Los 2. Qué cruel pesar!

Qué fiero rigor!

Clar. Pero yo, á pesar.

Luis. A despecho yo.

Clar. Del hado sabré.

Luis. Sabré del amor.

Los 2. Ser eterna llama

de mi amante ardor. *Vase Clara.*

Luis. Fuese, y faltóme la luz
que á mi vida aliento daba.

Mas el sueño, de sentidos

y potencias cruel pirata,

con suavidades crueles

ya poderoso me asalta,

é insensiblemente el uso

de las acciones me embarga.

O enemigo el mas traydor,

pues con lo que halagas matas!

Haga en esta silla (ah, cielos!)

paréntesis, si no pausa,

la desgracia, de mi pena,

la pena, de mi desgracia.

*Quédase dormido en una silla, y
salen los dos hombres.*

1. Veamos si el mozo que
nos dixeron que se hallaba
hácia esta parte, es; mas tente,
el que en la silla se halla
durmiendo, no es él?

2. Ninguna duda tengo.

1. Dicha rara
ha sido, por Dios, la nuestra:
ah señor Don Luis?

Des-

Despierta D. Luis. Quién llama?

1. Quien criado de vuestro padre y de vos, llevaros trata á su vista, sino es que antes que llegueis, la parca corta de su vida el hilo, pues vuestra impensada falta tanto ha llegado á sentir, que postrado en una cama quedó.

Luis. Pues podeis volveros, y decirle pierda quanta pena por mi ausencia tenga, pues luego al punto que salga de cierto empeño en que estoy, le doy de ir la palabra á su vista.

1. La órden que traemos es, de á vuestra casa llevaros con violencia, si acaso el ruego no basta; y así intentar escusaros será diligencia vana.

Luis. Mas vana será la vuestra, si acaso la temeraria empresa proseguir locos quereis, pues esta acerada

Saca un puñal.

brillante diáfana sierpe (que ya en mi mano es guadaña) en vuestros aleves pechos abrir sabrá bocas tantas, que notando tantas puertas, no sepa dudosa el alma por qual intente salir, hasta que al fin sufocada en su misma duda, muera, sin que por ninguna salga.

Los 2. Ved...

Luis. Nada tengo que ver.

Los 2. Advertid...

Luis. No advierto nada.

Los 2. Mirad...

Luis. Nada miro ya.

1. Pues ya que á nuestras espadas no es permitido ofenderos, mi obligacion aquí haga lo que de su parte está. Ha de la Venta?

Salen Lucinda, Dorotea, Clara, D. Quixote, D. Fernando, D. Juan, y Cardenio de gala.

Todos. Quién llama?

Clar. Qué yeo? Ay de mí infelice!

Card. Quién este alboroto causa?

1. Yo os lo diré brevemente:

El que presente se halla es mi amo el señor Don Luis de Mendoza; de su casa fugitivo se ha venido, cuyo padre con su falta queda sintiendo mil muertes; nosotros con vigilancia en su alcance hemos venido; logramos en esta estancia encontrarle, pretendemos que con nosotros se vaya; mas tanto se ha resistido, que hasta echar mano á la helada cólera de ese puñal ha llegado.

D. Juan. Pues qué causa, señor D. Luis, para esto teneis?

Luis. Pues ya declararla es fuerza; oid; pero ántes os hago, señor, la salva de que mi vida ó mi muerte,

del efecto que en vos haga
la noticia mia, pende.
Desde que ví á Doña Clara
vuestra hija, la entregué
mi alvedrío, aliento y alma;
que me hallo favorecido
no digo, pues solo alcanza
á saber mi fiel anhelo,
que su beldad soberana
nunca ha graduado ofensas
mis tiernas amantes ansias.
Siguiendo vengo sus luces,
por esto dexe mi casa,
mis padres, hacienda y deudos;
y así, señor, á tus plantas
te pido, que me concedas
su preciosa mano blanca,
ó que con aqueste acero
deshagas mis esperanzas,
pues sin su hermosura, y con
mi vida, es intencion vana
pretender que un solo paso
vuelva á dar hácia mi patria.

Juan. Alzad del suelo á mis brazos,
D. Luis, que una vez errada
la accion, mas medio no queda
que el procurar enmendarla
en lo posible; y así,
aunque gran pesar me causa
ver, que cosa que podía
de vuestra casa á mi casa
tratarse, pues se seguía
tanta conveniencia á entrambas,
de aquesta forma imprudente
hayais pretendido: Clara
desde ahora es vuestra; mas
que habeis de dar, cosa es llana,
cuenta á vuestro padre de ello,
pues no está bien á mi fama
permitirlo de otra forma,

aunque ya con vos casada
es preciso quede, de
qualquiera suerte.

Clar. Albricias, alma.

Luis. Permitid que á vuestros pies
una y mil veces...

D. Juan. Levanta,
y al punto de darle cuenta
de todo á tu padre trata.

Luis. Pues de los dos uno quede
conmigo, y el otro parta

A los Criados.

á dar noticia á mi padre
de todo.

x. Yo al viento alas
pediré para llegar
con brevedad.

Quix. O, ó, y cuántas
cosas consigue mirar
el que sigue la extremada
ley de Caballero Andante!

Dor. Ves como el cielo á tus ansias
dió alivio?

Clar. Dichosa he sido.

Luc. De mí, hermosísima Clara,
recibe la enhorabuena.

Clar. Yo la aprecio con el alma.

Fer. Toda esta Venta es prodigios,
Cardenio.

Card. Cosas bien raras
han pasado en ella en breve
espacio.

Cura. De sus mudanzas
ha hecho esfera la fortuna
á esta Venta.

Maes. Tan extrañas
cosas han pasado en ella,
que á no verlas, no acertara
á creerlas.

Salen el Ventero, Zorayda de Mora,

y D. Antonio de Cautivo.

Vent. Yo, señor,
no tengo en toda la casa
lugar en donde poder
acomodaros.

Ant. Mal haya
el cruel sañudo influxo
de mi estrella siempre airada.

Dor. No así os desconsoléis, que
por lo que toca á esa Dama,
con nosotras lo mejor
que se pueda, acomodada
quedará. *Vase el Ventero.*

Ant. Por tal favor
rendido os beso las plantas.

Zor. Y yo las gracias que debo
os rindo, por merced tanta.

Quix. Vos, señor mío, parece
(según el traje declara)
que sois Cautivo.

Ant. Lo he sido.

Quix. Y que esta hermosa Dama
es Mora, ó lo fue á lo menos.

Ant. Es así.

Quix. Pues yo, á Dios gracias,
fui siempre un poco curioso,
y así de saber me holgara
vuestra historia, por saberla,
y por si acaso mi espada
os puede de algo servir.

Ant. Yo os lo estimo? qué fantasma
es aquesta? *ap.*

Card. Yo tambien
os suplico (si no os causa
disgusto) vuestros sucesos
nos digais, porque la rara
beldad de esa Dama obliga
á esta curiosidad.

Ant. Para

que yo os obedezca, sin

el ruego, el precepto basta;
y así escuchad todos, pues
saber mi historia os agrada.
En las intrincadas, rudas,
fuertes Leonesas montañas
(Patria que produjo Alcides
contra Sierpes Africanas,
que infestaban venenosas
el fértil Vergel de España)
nací de padres, que á un tiempo
lo noble y rico gozaban,
que sin lo uno, lo otro
sirve de muy poco, ó nada,
pues lo rico sin lo noble
es fino oro en xerga vasta,
y lo noble sin lo rico
mas estorva que adelanta;
y la peor de ambas cosas
es aquesta, pues es clara
cosa, que ya en estos tiempos
mas (en opuestas balanzas)
logra el Villano que es rico,
que el Noble que pobre se halla.
Apenas, pues, en mi rostro
diez y ocho señalaba
la muette con breves líneas,
porque no se le olvidara
quando mis contados dias
su plazo á cumplir llegaban;
quando el permiso mis padres
dándome, que yo anhelaba,
á Flandes me partí, en donde
llegó á conseguir mi espada
(sin necesitar mi ilustre
ser, amigos, ni galas)
elevarme á Capitan
de las Españolas Armas!
Después, sabiendo la liga
que con Venecia y España
el gran Papa Pio Quinto

hacia contra la airada
 saña ambiciosa del Turco;
 pretendí en esta jornada
 hallarme, y lo conseguí.
 Aquí empieza mi desgracia,
 ó aquí empieza mi fortuna,
 pues equivocadas ambas
 tanto están, que no sé si
 fueron dichas ó desgracias.
 En el Puerto de Mecina
 se unieron las tres Armadas,
 y mandadas por el Marte
 que á Marte pavor le causa,
 por aquel, pues, que al mirar
 blandida su fuerte espada
 en su mano, el sol se eclipsa,
 tiembla el suelo, y el mar brama;
 en fin, por el grande, augusto
 Príncipe D. Juan de Austria.
 A viento y mar embistieron,
 y mar y viento halagaban
 con ráfagas y con olas
 de nuestras Naves la saña.
 A pocos días la fuerte,
 grande, numerosa Armada
 del Turco á encontrar llegamos,
 y en media luna formadas
 las dos Armadas, al son
 de clarines y de caxas
 se embistieron, dando al ayre
 tanta inmensidad de balas,
 y tanto abismo de humo,
 que este del sol la luz clara
 llegó á ocultar en sus nieblas:
 y al estruendo que formaban
 los áspides de metal,
 las once esferas sagradas
 se estremecieron, al mundo
 previniendo ruina infausta:
 Trescientos mil Turcos fueron

de la siempre airada parca
 tristes despojos; las mas
 Naves suyas maltratadas,
 en laberintos de espuma
 hallaron tumba salada.
 Quince mil Cautivos, que
 al remo vogando estaban,
 lograron aqueste día
 la libertad deseada.
 Solo yo fui el desdichado,
 pues viendo á la Capitana
 de Malta, que á la de Argel
 casi rendida se hallaba,
 pues solo tres Caballeros
 con vida en ella quedaban,
 á la de Argel embistió
 mi Nave, y que iba mandada
 por el grande Juan Andrea,
 Marino rayo de Italia.
 A abordar, en fin, llegamos,
 y con cólera bizarra
 á la Galera Morisca
 salté, donde fue mi espada
 rayo, que contra sus vidas
 sangriento incendio abortaba.
 Dividió sañudo el mar
 las Naves, por cuya causa
 no pudieron mis Soldados
 seguirme (pena tirana!)
 y así cubierto de heridas
 desde la frente á la planta,
 á Cautivo, de triunfante
 pasé en tan breve distancia.
 Solo esta Nave logró
 (en la sangrienta batalla)
 escaparse; y así, á Argel
 Esclavo fui (pena rara!)
 en donde despues de muchos
 días, miré la extremada
 beldad de Zorayda hermosa

D

(que

(que es esa Mora gallarda)
 hija de Alí Aguimorato,
 que fue Alcayde de la Pata,
 empleo, que es entre Moros
 el de mas honor y fama.
 Apenas la ví, rendido
 quedé con vida y con alma.
 Solicitaba ocasiones
 de poder lograr mirarla;
 en verla hallaba mi alivio,
 y en verla mi pena hallaba,
 pues su hermosura en mi pecho
 varios efectos causaba,
 que lo hermoso con lo honesta,
 con lo grave lo bizarra,
 helaba quanto encendia,
 y encendia quanto helaba.
 En fin, un dia (ay de mí!)
 conseguí llegar á hablarla;
 dila á entender temeroso
 quan de veras la adoraba;
 escuchó afable mis quejas,
 oyó piadosa mis ansias,
 y finalmente me dixo,
 que una Cautiva Cristiana
 que hubo en su casa, y la habia
 servido en su tierna infancia,
 la aconsejó que siguiese
 la fe católica y santa:
 que ser Cristiana queria;
 pero que el medio no hallaba
 de poderlo conseguir;
 que si yo alguno encontraba,
 y ayudarla resolvía,
 que así que llegase á España
 seria mi esposa, y que
 pues pocas veces ó raras
 podríamos conseguir
 el llegar á hablarnos, para
 tratar de estas cosas, que

por un balcon de su casa
 de noche por una cuerda
 recibiria mis cartas,
 y las tuyas me daria.
 Con dicha tan no esperada
 empecé mi amante empresa,
 coronado de esperanzas;
 continuando tan feliz,
 que dia no se pasaba
 sin que en mis manos tuviese
 de las tuyas una carta.
 Repetia muchas veces
 los conceptos que expresaba,
 y de lágrimas gozosas
 sus caracteres bañaba,
 que tantas eran, que algunas
 veces las letras borran;
 mas para poder leerlas
 nunca á mí me hacian falta,
 pues como en el corazon
 todas impresas quedaban,
 quando llegaba á leer
 donde borradas estaban,
 en mi corazon leía
 las que en el papel faltaban.
 En fin, con gran cantidad
 de dinero, que bizarra
 ella me dió, á un Renegado
 (que al Gremio volver deseaba
 de nuestra Madre la Iglesia)
 le hice una barca comprara
 en nombre suyo, y citando
 hasta unos diez camaradas
 míos, la noche elegida
 dexó su casa Zorayda:
 llegamos al puesto, y todos
 entrando á un tiempo en la barca,
 maniatamos á los pocos
 Moros que en ella se hallaban;
 y haciéndonos á la vela,

viento y mar nos dieron alas
para volar, pues á pocos
días, ya las deseadas
Costas de España llegamos
á descubrir, mas la airada
fortuna hizo aquella noche
que un baxel nos encontrara.
de Franceses: dixonos
el Renegado, no hablara
ninguno, que eran Corsarios;
y así, aunque ellos preguntaban
que quienes éramos, nadie
quiso responder palabra;
pero soltando furiosos
dos balas encadenadas,
nuestro árbol mayor troncharon,
y abierta la infeliz barca,
á fondo hubiéramos ido,
si á nuestros ruegos no echaran
su esquite, en el qual á todos
á su navio nos pasan.
Despojáronnos de quantos
dineros, joyas y alhajas
Zorayda y el Renegado
traian, luego su saña
á todos en una vela
arrojarnos al mar trata;
mas mudando parecer,
nos dieron, en fin, su lancha
para proseguir en ella
nuestro viage hasta España,
y á mi esposa dió el Patron
quarenta escudos en plata.
A la Costa, en fin, llegamos
de la grande Velez-Málaga,
en donde desembarcamos,
y dimos al cielo gracias.
Allí tomó cada uno
su rumbo, y yo con mi amada
esposa, voy á ver si

la siempre sañuda parca,
de mi amado viejo padre
reserva la vida anciana.
Esta es mi historia, esta es mi
felicidad y desgracia,
y estas son todas mis dichas,
porque ya con mi adorada
esposa, aun las desventuras
pasan de venturas plaza.

D. Juan. Cómo vuestro nombre es?
que no será cosa extraña
os conozca, pues tambien
de las Leonesas Montañas
soy.

Ant. Mi nombre es D. Antonio
Viedma.

D. Juan. Hermano del alma?
dame mil veces los brazos,
que ya muerto te lloraba
mi cariño. D. Juan soy
tu hermano.

Ant. Tan no pensada *Abrázanse.*
dicha sin accion me dexa.

Juan. Los brazos tambien, hermana
me dad.

Zor. Y el alma con ellos.

Juan. Clara, á tus tíos abraza.

Clar. Yo la enhorabuena á mi
me doy de dicha tan alta.

Ant. y Zor. La ventura solamente
mia es, hermosa Clara. *Abrázanse.*

*Sale Maritornes corriendo, y encárase
se con D. Quixote.*

Marit. Ay, señor, acuda presto
á estorvar una desgracia
á mi amo, que dos hombres
le están dando tan gran carda,
que creo que han de matarle,

segun de recio le cascan.

Quix. Por ahora no ha lugar vuestra pretension, madama, porque no puedo meterme en ninguna de esas danzas, si para ello la Princesa licencia no me da grata: mas decidle á vuestro amo se entretenga en la batalla lo mejor que pueda, en tanto que la tal licencia alcanzan mis ruegos de la Princesa.

Marit. De esa forma, quando vaya ya estará en el otro mundo.

Quix. Eso importa poco ó nada, pues como la tal licencia llegué yo á tener, es clara cosa, que del otro mundo sabrá sacarle mi espada, si el mundo, demonio y carne embarazarlo intentaran; y quando no, sabré daros tan furibunda venganza, que quedeis, por vida mia, señora, mas que mediana mente satisfecha.

Marit. Lleve el diablo, loco, tu alma: que en cosa que tanto importa se esté con esta cachaza!

Quix. Fermosa Princesa, ya de esta doncella (sentada la verdad esté en su lugar) habreis oido la demanda: y así os pido...

Dor. La licencia os doy.

Quix. Digo, una palabra: á *Marit.* haced que toquen á muerto en la Iglesia mas cercana; *Vase.*

Todos. Vamos todos detras de él, á ver en lo que esto para.

Vanse todos, menos Maritornes, y sale Sancho con una albarda.

Marit. Jesus, qué diablo de loco! mas aquí viene el panarra de su Criado.

Sancho. Quiero, pues, componer aquesta albarda, ya que no hay nada que hacer.

Marit. O mi señor Sancho Panza!

Sancho. O mi Maritornes! quanto ap. va que el demonio me agarra con esta muger? porque sus dos ojillos traspasan un corazon, aunque encima quarenta coletos trayga.

Marit. De qué estás tan macilento?

Sanch. Es que ahora pensando estaba en que tus ojos...

Marit. Son negros.

Sancho. Sonlo, y pican...

Marit. Almaradas.

Sanch. En el corazon...

Marit. Puñales.

Sanch. Causando un incendio...

Marit. Agua.

Sanch. Que acá en el pecho...

Marit. Postemas.

Sanch. Una picazon da.

Marit. Sarna.

Sanch. Que rabia porque la rasquen, y quando la rascan rabia.

Marit. Pues rásquese con un canto, verá como se le pasa. *Vase.*

Sancho. Si yo hubiera consentido, bravo chascho me llevaba!

Mas vamos á lo que importa, que

que es darle quatro puntadas á mi albarda, porque de ellas tiene necesidad harta.

Siéntase á componer la albarda, y sale el Barbero con guitarra cantando.

Canta Barb. El famoso D. Quixote,
y Dulcinea del Toboso,
causan á la Mancha glorias,
y al mundo mil alborotos.
Viva la Mancha, viva,
que criar sabe
Mancheguillos, que al mundo
temblar le hacen.
Vaya y mas vaya,
dale y mas dale,
que esta es la Mancheguilla
tonada andante.

Sanc. Vive ños, que es el Barbero
de la refriega pasada!

Barb. Ah compadre: mas qué veo?
Vive Dios, que esta es mi albarda,
y este el pícaro ladron
que me la hurtó! ah perro, daca
mi albarda.

Asense los dos de la albarda.

Sancho. Como es aqueso
de daca, perro y albarda?
él es el albarda, el perro,
el daca, el toma, y el vaya.

Barb. Suelta la albarda, ó si no
los hocicos á puñadas
te deshago.

Sancho. Yo sabré
á él deshacerle las barbas.

Barb. Pues tómate esa. Cáscanse.

Sanc. Pues toma esotra.

*Salen todos, y los dos Quadrilleros, y
Don Antonio saldrá de galan.*

Quix. Eu, qué algazara
es esta?

Sancho. Que este bergante
la albarda que en la batalla
vuestra merced le ganó,
quiere quitarme.

Quix. Ello es clara cosa,
que yo á este buen hombre,
en guerra buena y honrada,
le gané aqueso jaez,
que en su caballo llevaba,
y el gran yelmo de Mambrino,
que Sancho en la alforja guarda.

Barb. Qué jaez, ni qué caballo,
ni qué yelmo, ni qué haca?
Yo, señores, en mi burro
á mi Aldea caminaba
un día, y porque llovía,
en la cabeza llevaba
la bacía (que en mi pueblo
soy el Barbero, á Dios gracias)
encontré, pues, á este hombre
(que creo es, segun su traza,
el que llaman D. Quixote)
y sin decirle yo nada,
con el lanzon enristrado
me embistió con furia tanta,
que dexé burro y bacía,
y arranqué á huir de su saña;
y el pícaro del Criado
me hurtó bacía y albarda;
he hallado aquí á él y á ella
ahora, y quiero cobrarla.

Quix. Hermano, yo no me meto
en que albarda aquesa alhaja
sea; mas en lo del yelmo
entendeis poco de armas,
que él es yelmo, y de Mambrino,
por aquestas cruces santas;
y porque se vea, Sancho,

ve,

ve, y aquí al punto le saca.

Sanb. Par Dios, si vuestra merced no hace otra mejor probanza, perdido el pleyto tenemos desde ahora, porque esa es mala, pues ella es bacía, como mi madre muger.

Quix. Qué aguardas?

Tráele, y estos señores dirán lo que en ello haya. *Vas. Sanb.*

Barb. Vive Dios, que harán que un se dé de calabazadas, (hombre queriendo contradecir lo que es mas claro que el agua!

Sale Sancho con la bacía.

Sanb. Aquí está.

Quix. Vean ustedes aquí ahora, con qué cara dirá este hombre, que no es yelmo este?

Barb. Ay tal matraca! pues no se ve que es bacía?

Maes. Señores, la verdad valga: yo tambien Barbero soy, y ha veinte años que carta tengo de exámen, y fui Soldado en mi edad pasada, y así entiendo de herramientas de Barberia y de Armas; y que no es, digo, tansolo bacía esta, mas le falta para serlo mas que á mí me falta para ser Papa: y tambien digo, no es este yelmo entero, á causa de faltarle la babera.

Quix. Eso es cierto.

Barb. O cataratas tengo en los ojos, ó están *ap.* borrachos los que esto hablan.

Si ese es yelmo, y no bacía, como usted afirma, basta que debe de ser jaez la albarda?

Quix. En eso mi baza saco; albarda me parece; mas son tales, y tan raras las cosas de este Castillo, que el vino se vuelve agua.

Cura. Y qué Venta es en la que aqueso mismo no pasa?

Quix. Y así, estos señores digan si es albarda ó no es albarda.

Card. Yo los votos tomaré en secreto á todos.

Todos. Vaya.

Hace Cardenio que toma los votos.

Barb. La albarda en jaez me vuelven, como en Navidad es Pasqua.

Quadrill. 1. Oyes, me parece que, si las señas no me engañan, este hombre es contra quien mandamiento traemos para prenderlo, porque soltó á los reos que llevaban á las Galeras.

Quadrill. 2. Pues mira el mandamiento, despacha. *Saca un libro, y hace que lee.*

Card. El caso es, buen hombre, que todos á una voz declaran conformes, que este es jaez, y no albarda.

Barb. Quien tal habla estará hecho una uba, que es, voto á Dios, tan albarda como el padre que me hizo.

Los 2. Quadr. El es, favor á la santa Hermandad, contra este infame.

Sacan varas de Justicia, y asen á
D. Quix.

Quix. Qué es lo que haceis, gran canalla?

Card. y Fer. Apartaos: qué es aquesto?

Quadrill. Este papel lo declara:

Aqueste hombre á unos presos, que su Magestad enviaba á Galeras, con violencia puso en libertá, y la santa Hermandad manda prenderle; nosotros, como estas varas muestran, somos Quadrilleros, y órden tracemos firmada de prenderle.

Quix. Pues borrachos, gente vil, ruin y malvada, no Quadrilleros, ladrones en quadrilla, sí, panarras; salteadores de caminos con licencia de la santa Hermandad: quién el vergante, insolente, papanatas, fue, que firmó mandamiento de prision contra la hidalga persona de un Caballero Andante? quién? quien no alcanza á saber, que ningun Juez tiene jurisdiccion para prenderlos; y finalmente, en Africa, Europa y Asia hay, ni habrá habido, ni habrá (entre todos los que haya) Caballero Andante, que con muy lindísima gracia, á trescientos Quadrilleros no sepa dar, si se enfada, trescientos palos bien dados, como aquel que no hace nada?

Quad. I. Eso ahora lo veremos;

venid preso.

Ant. Camaradas,

ved que estoy yo de por medio.

Quad. I. Aunque el mundo lo estorha de ir preso. (vara,

Ant. Con efecto,

que mis súplicas no bastan?

Quad. I. Aquí súplicas no sirven, ni palabras.

Ant. Si palabras

no bastasen, bastarán:-

Quad. I. Qué han de bastar?

Ant. Cuchilladas, *Riñen.*

voto á Dios, que ya la poca:-

Sanch. Ya se ha empezado esta danza,

Ant. Paciencia que tengo:-

Sanch. Aprieta.

Ant. Se acabó.

Barb. Ay, que se matan!

Quix. A ellos, cuerpo de Christo, que aquí está mi cimitarra.

Card. Mueran, D. Antonio, todos.

Fern. A tu lado está mi espada.

Cura. Caballeros, reprimid

unos y otros la saña,

supuesto que todo puede

sin desazon ni desgracia

componerse.

Fern. Ant. y Card. De qué forma?

Cura. De aquesta: ya veis la rara

A los Quadrilleros.

locura de aqueste hombre;

y así os pido que en la instancia

no prosigais de querer

prenderle.

Quadrilleros. En todo postrada

nuestra obediencia teneis.

Cura. Yo os doy las debidas gracias.

Fern. Pues yo á vos os pagaré

lo que la bacía valga

y la albarda, si quedais contento.

Barb. De buena gana.

Sancho. Dígame usted, seor Maese, á cómo estamos de albarda?

Maes. Con ella, Sancho, te quedas.

Sancho. Si? pues voy á remendarla. *Vas.*

Cura. Vamos adentro nosotros.

Card. Fern. y Ant. Vamos, pues. *Vans.*

Quix. Si no ajustara el Padre Cura las paces, ninguno vivo quedaba.

TERCERA JORNADA.

Salen D. Quixote y Sancho Panza.

Qui. Qué es lo que me quieres, hombre, que me andas con que en secreto tienes que hablarme? de qué estás triste y macilento? qué quieres, pues, y qué tienes?

Sancho. Qué he de tener, si en un crevolaron las esperanzas (do que tenía de que presto llegaría á ser Virrey, ó de una Insula á lo menos Gobernador?

Quix. Pues qué hay?

Sancho. Qué ha de haber?

Quix. Dilo, camueso.

Sancho. Mal haya, amen, mi fortuna.

Quix. Acaba ya, majadero; rabiabas porque te oyera, y ahora que te escucho, quedo te estás: vomita, animal, pues ya te meto los dedos.

Sancho. Es el caso.

Quix. Dilo, pues.

Sancho. Que á mí me suceda esto!

Quix. Qué va que á palos te hago que desembuches el cuento?

Sancho. Qué cuento ni Satanás, si es un cuento todo ello? porque el Gigante que has de matar, es un enredo; el tal Reyno es un demonio que me lleve; el hechicero del Rey padre es Bercebú; y la Reyna es en efecto la puta que me parió, y aquesto es todo lo cierto.

Quix. Supongo que tú has bebido, y el vino aquestos enredos te hace fraguar en la cholla.

Sancho. Qué vino, ni qué embeleco? si no lo quieres creer, ven, y con tus ojos mismos verás como la tal Reyna Micomicona se ha vuelto en una Dama, que se llama, si mal no me acuerdo, Dorotea, y el Gigante en un señor Caballero, que fue el que el tuerto le hizo, y ya le ha deshecho el tuerto.

Quix. Mira, hombre, bien podrá ser que sea todo eso como dices; mas aunque ello sea así, no es cierto, porque ya tenemos visto, que todo es encantamientos este diablo de Castillo. Ya viste como en dos cueros de vino se volvió el Gigante que habia muerto; de una ventana colgado esta noche me tuvieron; y la otra vez que estuvimos aquí, ya viste tú mismo

los diabólicos encantos
que á los dos nos sucedieron.

Sancho. Que fuese encanto lo de
vuestra merced, no me meto;
mas que fue encanto lo que
á mí me sucedió, niego;
pues real y verdadera-
mente fue el manteamiento
que me dieron; por mas señas,
que el uno de los que asieron
la manta, fue ese maldito
endemoniado Ventero,
que con mas risa que fuerza
me hacia andar por el viento:
y aquello en donde se llega
á conocer los sugetos,
mas es muy mala ventura,
señor, que no encantamento.

Quix. Ello, en fin, yo quiero ir
á ver de esa Reyna y Reyno
la transformacion que dices;
y si es así, yo te ofrezco
hacer una, que los diablos
dén á sí el tal embeleco. *Vase.*

Sancho. Quándo querrá Dios sacarme
de ser andante Escudero! *Vase.*

*Salen por distintas puertas Cardenio
y Lucinda, sin verse.*

Card. Hasta aquí, de tí, fortuna,
se quejó mi triste suerte,
pues nunca consiguió verte
compasiva vez alguna:
cruel, fiera é importuna
fue conmigo tu influencia;
me diste con mi paciencia
de tus rigores el ceño,
é hiciste, sañuda, empeño
de vencer mi resistencia.

Luc. Hasta aquí contra mi vida,
hado iracundo y severo,
de tus rigores lo fiero
ostentaste sin medida:
una y otra cruel herida
de ausencia, sustos y enojos
fueron míseros despojos
de mi amor, y en triste calma
los sentimientos del alma
exhalaba por los ojos.

Card. Mas al fin, como deidad,
de mí te has compadecido,
y tu piedad tanta ha sido,
como fue tu crueldad:
mal digo, que tu impiedad
nunca fue tan superior,
que haya igualado al favor
que he recibido de tí,
pues ya ni aun tú puedes (sí)
hacer mi dicha mayor.

Luc. Mas quando ningun consuelo
posible á mi mal hacia,
hallé en tí la dicha mia,
si en tí hallé mi desconsuelo:
intentaste con desvelo
(en pesares rigurosos,
y en bienes maravillosos)
al mundo dar á entender,
que tienes poder de hacer
desdichados y dichosos.

Card. Pues... mas, esposa querida?

Luc. Adorado dueño mio?

Card. Vida del aliento mio?

Luc. Del aliento mio vida?

Card. Pues ya la cruel, reñida
suerte, de sus fieros lazos
nos soltó.

Luc. Pues ya los plazos
se cumplieron del tormento.

Los 2. Hallen mi gozo y mi aliento.

segunda vida en tus brazos.

Abrázanse.

Card. Gracias doy de lo indignada.

Luc. Yo gracias doy de lo impio.

Card. A mi suerte.

Luc. Al hado mio.

Card. Pues su cólera irritada.

Luc. Pues su saña siempre airada.

Card. Hace creer mas superior.

Luc. Hace parecer mayor.

Los 2. (Al llegar piadosa á ser)

Card. La dicha.

Luc. El gozo.

Card. El placer.

Los 2. La felicidad, el favor.

*Salen Dorotea, D. Fernando, D. Juan,
y Maritornes.*

Dor. Ya que es tiempo, me parece,
esposo, de que el viage
nuestro disponer tratemos.

Fern. Quando tú, esposa, gustares
sea; y Lucinda y Cardenio,
puesto que al mismo parage
su rumbo es, podrán venir
con nosotros, si gustaren.

Card. Mal á tan crecida dicha
puedo llegar á excusarme.

Juan. Yo es fuerza aquí la noticia
espere de lo que el padre
de D. Luis resuelve.

Salen D. Antonio, el Cura, y el Maese.

Ant. Vos

el mejor medio encontrasteis
que pudiera discurrirse
para caso semejante.

Fern. De qué gusto, Padre Cura,
da vuestro rostro señales?

Maes. Es, señor, para nosotros

el mayor que puede darse.

Dor. Pues todos interesados
en vuestras felicidades
somos, sepamos qual es
esta, porque os acompañen
en ella nuestros afectos.

Cura. Es, pues, que nuestros afanes
de reducir á la Aldea
nuestro Caballero Andante
el medio ya han encontrado,
pues en este propio instante
un carro, que por la Venta
pasaba, logré ajustarle,
á fin de que con nosotros
hasta nuestra Aldea marche,
conduciendo en él á Don
Quixote, con la admirable
invencion que he fabricado.
Aquesta es, pues... mas él sale.

*Sale D. Quixote armado con lanza y
rodela, y la bacía del Barbero en
la cabeza, y Sancho.*

Card. Señor D. Quixote, qué
causa vestir ese traje
os hace, quando el Castillo
todo en mansa quietud yace?

Dor. Señor y valedor mio,
ved, que recelar me hace
el veros de aquesa forma,
que algun grande riesgo...

Quix. A nadie

dé susto el verme adornado
de estos arreos marciales,
que saben causar pavor
á vestiglos y gigantes;
y vos, señora, un ratito
atentamente escuchadme.
Yo, alta y hermosa señora,
he tenido en este instante

noticia (pues mi Escudero
 de todo llegó á informarme)
 de como vuestra grandeza
 ha llegado á auquilarse
 tanto, que de gran Princesa,
 y dueña de Imperios grandes,
 á una particular Dama
 reducida estais; no me hace
 esto admiracion ninguna,
 pues transformaciones tales
 como estas, y mucho mas
 exquisitas y admirables
 han sucedido, pues cierto
 es, que hay siempre Nigromantes,
 que unos persiguen furiosos,
 y otros amparan afables
 las empresas y personas
 de Caballeros Andantes;
 y así extraño no será,
 que alguno de los fatales
 Mágicos que me persiguen
 hoy vuestra persona grande
 mude, y deshaga su ser,
 porque mi valor triunfante
 no llegue á lograr el lauro
 de esta aventura admirable.
 Mas si esto ha sido por orden
 del tal Nigromante padre
 vuestro, por juzgar no es
 mi invicto valor bastante
 para lograr esta empresa,
 hendiendo las formidables,
 y desaforadas fuerzas
 del descomunal Gigante,
 que vuestro Reyno os usurpa;
 digo, que poco de achaques
 supo de Caballerías;
 y que por mas que estudiase,
 ni de la Misa á la media,
 ni quantas son cinco sabe,

porque si hubiera leído
 tan atento y vigilante
 como yo los tales libros
 y proezas singulares
 de Caballeros, supiera,
 como otros, de mil quilates
 menos de valor y fama
 de la que en mí llega á hallarse,
 hicieron cosas mayores.
 Y así, si este extravagante
 metamórfose os ha hecho,
 por lo que he dicho, que darle
 no teneis crédito alguno.
 y haced deshacerle trate;
 porque sino, juro á Cristo,
 (y juro al cielo radiante
 de la sin par Dulcinea,
 alma de este pecho amante)
 que á vuestro padre, y al Reyno,
 y al Castillo, y al Gigante,
 (y al demonio que los lleve)
 los arroje mi corage
 mas allá de mas acá;
 porque en llegando estos lances
 al padre que me parió
 le daría con un diantre.

Dor. Vuestro Escudero, señor,
 llegó muy mucho á engañarse
 en lo que os dixo; porque
 aunque una mudanza grande
 ha habido en mí, que mil dichas
 ha llegado á franquearme,
 y tan grandes, que aun mi gozo
 á explicarlas no es bastante,
 con ser mi gozo tan sumo;
 soy la misma que fui ántes,
 y en la determinacion
 aun persevero constante,
 de que me ampare el valor
 de ese brazo incontrastable,

E. 1

que

que es azote de malsines,
y asombro de las edades.
Por tanto, vuestra bondad
vuelva la honra á mi padre,
llegando á tenerle por
el mas sabio Nigromante
de todos, pues su gran ciencia
hallar y profetizarme
supo, que vuestro valor
podía solo restaurarme
mi perdido Reyno, hallando
camino tan fixo y fácil
de hacerme dichosa, y
borrar mis adversidades:
y es tan cierto, que á no ser
por vos, creo que á mirarme
no llegara en las delicias
y venturas apreciables
que me veo, como pueden
decir los que están delante;
y ahora, señor, lo que resta
es, el que nuestro viage
mañana continuemos,
pues hoy ya veis que no es fácil,
que lo demas del suceso
(que yo espero favorable)
lo dexo de vuestro brazo
al valor inimitable.

Quix. Ven acá, truan, belitre,
tacaño, embustero, infame,
insolente, vagamundo,
enredador, badulaque,
chismoso, hablador, bellaco,
ruin, infacundo y vergante,
no me dixistes ahora,
que era un entredo el Gigante,
que el Reyno era un gran demonio,
y la puta de tu madre
la Reyna? con otros mil
insolentes disparates,

que me dieron la mayor
confusion, que hasta ahora nadie
llegó á tener en el mundo?
Vive Dios, que estoy por darte
tal untura, que te dexé
mas reluciente que un jaspe.

Sanch. Yo la doy por recibida:
mas en aqueste parage
oí y ví lo que á usté dixé;
y no me hagan que hable,
porque diré, juro á Dios,
(si llegan un poco á hurgarme)
otras cosillas que he visto.

Quix. Qué has de haber visto tú, enjam-
de malicias y de enredos? (bre
de mentiras almanaque,
filo de bellaquerías,
tesorero de maldades,
publicador de sandeces,
quítateme de delante,
ó yo me habré de quitar,
por no llegar á matarte,
pues ya tus qué sé yo qué
me tienen hecho un vinagre. *Vase.*

Sanch. Ello como la tal Reyna
tan Reyna esté como ántes
estaba, yo desde luego
estos baldones y ultrages
doy por muy bien empleados,
pues por llegar á mirarse
un hombre Gobernador,
mucho mas puede pasarse. *Vase.*

Card. Rara locura de hombre!

Marit. Que no pueda yo al vergante
del Escudero, lograr *ap.*
algun chasquillo pegarle!

Cura. Pues volviendo á proseguir
lo mismo que empecé ántes
á contar, digo, que el medio
que encuentro para llevarle

á nuestra Aldea (y el que me parece que es mas fácil, y mas quando el fingimiento empezado ya no es dable continuar, pues habiendo juntado la estrella afable á D. Fernando, y á mi sa Dorotea, de semblante mudaron todas las cosas) es, el que (pues carruage tenemos, gracias al Cielo, ya en donde poder llevarle) luego que lleguen al sueño sus sentidos á postrarse, en una jaula que tiene el Ventero (y yo comprarle determino, le metamos, y disfrazados en trages diversos, le acompañemos todos, hasta colocarle en el carro; pues no hay duda (que como de esos dislates de los malévolos libros de Caballerías, trae el juicio tan poseído) ha de llegar á juzgarse encantado, por lo qual (tengo por muy indudable) no ha de intentar cosa alguna practicar para escaparse.

Juan. El medio creo que sea el mejor que pueda hallarse.

Fern. Yo, que es el mas acertado juzgo.

Card. Del propio dictámen soy.

Ant. Pues manos á la obra, y quanto sea tocante al caso tener dispuesto, para al punto que llegare

á dormirse, sin perder tiempo, executar el lance.

Maes. Vamos, que la hora no veo de salir de estas andantes aventuras, tras de un loco, que serlo á todos nos hace.

Luc. Conque, amiga, lo de ser Reyna, ya llegó á acabarse?

Dor. Todo lo que es apariencia es fuerza en breve se acabe.

Marit. Yo tambien en este encanto quiero ir á tener parte, porque hechizo, y sin mugeres, no puede hacerse ni darse, pues ninguno hallará hechizo, como en ellas no se halle.

Vanse, y sale Doña Clara.

Clar. Qué largo parece el tiempo, qué dilatados los dias á aquel que algo espera, y mas quando espera alguna dicha! Hoy el Criado partió de D. Luis, á dar noticia á su padre de la grande felice fortuna mia; y con no haber aun llegado (ay de mí!) á cumplirse el dia, ya me parece que tarda: mas hácia aquí se encamina el que es vida de mi muerte, siendo muerte de mi vida.

Salé D. Luis. Adorado dueño mio? bien que tu rara divina hermosura habia dado nuevo ser y vida al dia, mostraron festivamente con demostraciones finas, el sol, el ayre y el prado, los arroyos y avecillas, con flores, trinos y luces,

El Alcides de la Mancha,

con susurros y con risa.

Clar. A no haber visto en tu amor
de ser cierto señas fixas,
el verte tan lisonjero
hacerme temer haria,
que doraba lo eloquente
lo falso de las caricias.

Luis. No dudo, que comunmente
es opinion recibida,
que sentir muy bien no sabe
aquel que muy bien se explica;
mas los que esta regla siguen,
mucho de lo cierto distan,
pues quando expresiones muchas
al labio el corazon dicta,
(sean de quejas ó de halagos)
que hay mucho en él acredita
de aquel afecto que expresa;
y al contrario, el que con tibias
razones á entender da,
ya enojos, ó ya caricias,
ó muy poco siente, ó nada;
pues quando hay causa que irrita
el afecto, es fuerza sean
muchas, y muy repetidas
las voces, que es el alivio
que halla el mal en su fatiga:
estas el dolor las forma,
aunque el labio las explica;
y por esta causa son
muchas, y muy expresivas.
Nunca puede expresar tanto
(por mas que muy bien lo finja)
el que sin lesion se halla,
como el que tiene la herida:
aquel tiene que estudiar
lo que fingir determina,
y así habla poco, porque
mucho tiempo necesita.
A este, como su dolor

está buscando salida
por donde expeler sus penas,
(por ver si así las alivia)
siempre le queda que hablar
por infinito que diga.

Clar. Yo contra aqueese argumento
digo... mas no determina
decir ya nada mi voz,
pues si no miente la vista,
D. Quixote hácia esta parte
viene: á Dios, pues. *Vase.*

Luis. El tu vida
edades eternas guarde.

Al irse á entrar, sale D. Quixote.

Quix. Pues señor D. Luis, con prisa
tanta, dónde vais?

Luis. A ver
si consigo las fatigas
del esperar, divertir
de ese prado en las delicias:
quedad con Dios. *Vase.*

Quix. El mozuelo
rebienta de hipocondría
amorosa: mas qué mucho,
si á mí mi dulce enemiga
Dulcinea me hace que
tenga la enfermedad misma?
mas descansemos un rato,
que mi persona rendida
está, y mañana, si Dios
nos lo permite, es el día
de marchar en busca de
esa bestiaza maligna
del descomunal Gigante.
Hágote mi colchon, silla.

*Echase á dormir en una silla, y salen
Cardenio, Fernando, Antonio y el Cu-*

ra con medias caretas en el rostro, y detras Sancho, como acechando, Doro- tea, y las demas al paño, y D. Juan saldrá sin careta.

Don. Desde aquí ocultas podemos (sin llegar á ser sentidas) verlo todo.

Sancho. Quién serán estas visiones malditas, que sin saber el por donde vinieron, esta visita nos hacen?

Cura. Ahora, porque no consiga destruida dexar toda nuestra traza, si es que acaso determina resistirse en despertando, atarle es cosa precisa las manos. *Atanle las manos.*

Card. Pues así sea.

Sancho. Qué es aquesto? prisioncica? eso, no, juro á Cristo, mientras yo tenga boquita con que dar voces. Señor, señor D. Quixote, aprisa dispierte, porque prenderle intentan.

Dispierta D. Quix. Qué vocería es esta? pero qué veo? Yo atado, Virgen bendita, y cercado de fantasmas? sin duda que la enemiga esquadra de encantadores, que perseguen con perfidia mis valerosas fazañas, encantarme determinan, porque mi inaudito esfuerzo no llegue á lograr dar sima á la espantable aventura

del Gigante (ó suerte impia!) ello no hay sino es tener paciencia, que valentías con demonios, es lo propio que á una tarasca echar guindas.

Sancho. Ira de Dios, y lo que

Mirando adentro.

hácia esta parte camina!

Quix. Toma, si llueven demonios. El encanto es niñería.

Salen de máscara en el trage que mejor parezca quatro hombres, y quatro mugeres cantando y baylando, con bacbas en las manos.

Músic. El gran Paladin

que hoy resucita
la Orden insigne
de Caballería,
á la Mancha dando
gloria esclarecida,
venza, rinda, postre,
triunfe, reyne y viva.

Quix. Qué es esto? elogios me cantan, quando ellos me martirizan, atándome, y estorvando triunfos á la espada mia?

Canta Mug. 1. Ocupe tu persona esta encantada jaula, que al Micomicon Reyno de llevarte se encarga.

Métenle en una jaula.

Canta 2. Pierde quantos recelos finja tu fantasía, mientras dicen alegres nuestras voces unidas.

Todas. Que á la Mancha dando gloria esclarecida, venzas, rindas, postres,

trian-

triunfes, reynes, vivas.

Quix. Qué es aquesto? yo enjaulado?

mas si á costa de esta cuita

he de lograr acabar

la aventura peregrina

del Gigante, soy contento:

Sanch. Ay, amo del alma mia,

que preso vas, y te dan

con el Gigante papilla!

*Sale el Maese Nicolás vestido ridi-
lamente con barba larga.*

Maes. Paladin Manchego invicto,
flor de la Caballería

Audante, cuyo valor

hoy su Orden resucita:

Ni susto ni pesadumbre

te dé el mirar que tu invicta

persona en aquea jaula

vaya, como va, metida;

pues yo, que el gran Lirgandeo

soy, Encantador, que cuida

de tu persona y empresas,

con mi gran ciencia inaudita,

así lo ordeno: porque

la sabia Mentrironina

(que del furioso Gigante

los negocios apadrina)

de aquí á dos dias cabales

encantarte pretendia,

porque ir no pudieses á

destruir á quien patrocina,

y encantándote yo ántes,

le quito el que lo consiga;

y en menos tiempo que adonde

el Gigante está podrias

tú llegar, conseguirán

ponerte las ciencias mías

dentro de esa propia jaula;

quanto á mi amor debes, mira.

Y tú, Escudero el mas noble

que tuvo espada en la cinta,

barbas en rostro, y olfato

en las narices, camina

siguiendo fiel á tu amo;

que yo la Insula misma

que él te ofreció, te prometo,

por premio de tus fatigas.

Quix. Yo, sapiente Lirgandeo,

te doy las gracias debidas

por el favor que me haces,

que encantado ya creia

que iba por mis enemigos.

Sanch. Yo tambien gracias cumplidas

le doy á usted, señor Don

Grangereo, por la Insula,

que par Dios, y en mi conciencia

que la creí ya perdida.

Maes. De lo que os ofrezco en nada

habrá la falta mas chica.

Cura. Logróse ya nuestro intento. *ap.*

Sale el Criado de D. Luis.

Cr. Señor D. Juan, dadme albricias.

Juan. Yo las mando: mas de qué?

Dale una carta.

Criad. Aquesta carta lo diga

de mi amo, que tres leguas

de aquí le hallé, que venia

siguiendo al señor D. Luis.

Lee D. Juan para sí. Salen D. Luis,

y las Mugeres.

Luis. Yo á saber esta noticia

(como el mas interesado)

llego.

Mugeres. A nosotras la misma

curiosidad nos arrastra.

Juan. Pues oid todos mis dichas:

Aquí dice entra gustoso

en la union que determina

hacer su hijo con mi Clara,

y que hoy por todo el dia

á esta Venta llegará.
Esto en la carta me avisa;
y pues apenas mañana
Luis y Clara en compañía
de su padre quedarán,
quando la jornada mia
volveré á continuar,
á todos mi amor suplica
me acompañeis á este gusto.

Cura. Yo sumo celebraria
hallarme en él, mas ya veis
no me es posible.

Juan. No os insta
mas mi afecto, pues es justa
la disculpa.

Maes. A mí la misma
me valga tambien, señor.

Card. Pues yo y mi esposa Lucinda.

Fern. Yo tambien con Dorotea,

Los 2. En esta justa alegría
á acompañaros quedamos.

Juan. Pues en tanto, Clara, hija,
á D. Luis le da la mano.

Clar. Sí doy, con alma y con vida.

Luis. Feliz mi amor, que logró
el triunfo que pretendia.

Ant. De mí, D. Luis, recibid
la enhorabuena.

Zor. Y tú, prima,
de mí la admite.

Luis. Mi afecto
la aprecia.

Clar. Mi amor la estima.

Vent. Conque hay mañana en mi Venta
boda?

Marit. Así fuera la mia.

Maes. Pues ahora digan acordes
dulces cláusulas festivas,
de mi ahijado celebrando
la persona y valentía...

Todos. Todos diremos tambien
al compás de su armonía...

Quix. Ea, Sancho, sígueme.

Sanch. Señores, hasta la vista.

*Acabado el quatro siguiente, que acom-
pañará la representacion de los demás,
se entrarán en dos filas, y detras D.
Quixote, cuya jaula llevarán en hom-
bros los quatro Máscaras, y se da
fin á la Comedia.*

Tod. y Mús. El gran Paladin,
que hoy resucita
la Orden insigne
de Caballería,
á la Mancha dando
gloria esclarecida,
venza, rinda, postre,
triunfe, reyne y viva.

F I N.

Con licencia: En Valencia y Oficina del Diario.

Se hallará esta, con un gran surtido de Comedias antiguas y modernas, Tragedias, piezas en un acto, unipersonales, Saynetes, Autos Sacramentales, y al Nacimiento del Hijo de Dios, en Valencia, calle del Mar, frente la de la Cruz Nueva, casa baxa, núm. 5. Y en Madrid en el puesto de Joseph Sanchez, calle del Príncipe, frente al Coliseo.

